



El ataque de los moscovitas

**Javier Ragau**

StreetBooks Publisher

# EL ATAQUE DE LOS MOSCOVITAS

Javier Ragau

StreetBooks Publisher

El ataque de los moscovitas, *Ficciones*  
©Javier Ragau 2019  
Mail: contacto.subterfugio@gmail.com

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.  
© StreetBooks Publisher 2019

Edición digital para e-reader

La reproducción total o parcial de este libro,  
no autorizada por el autor/editor, viola derechos  
reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.  
previamente solicitada.

## PRÓLOGO

Estamos frente a una novela sin concesiones. Una novela dura, híbrida. Lo mejor del libro tal vez sea eso: su prosa mutante que refleja el mismo argumento que gravita la historia de ciento y pico de páginas. El ataque de los moscovitas parece una cosa y es otra. La prosa de Ragau pasa del coloquial porteño a registros neutrales, tal vez en una misma oración, cuela una puteada vivísima con un impropio de historieta de Novaro. El avance en la lectura, aunque fluido y repleto de acción –así, a raudales- también está cubierto de escollos. Escollos producto de ese estilo extraño, cosmopolita.

El argumento habla de una invasión de insectos mutantes, que parecen surgir de la peor serie “B”, de un librero de kiosko, del cerebro reblandecido de un cineasta sin ambiciones. Contra todo eso hay un solo personaje, José Ortega, un antitodo; pero no un antídoto. José es un personaje antipático, que dedica su vida a trompear a los peores exponentes sociales, por lo general, personajes sin especializaciones, que se definen por lo que hacen, por la cáscara que recubre sus vidas, porque por dentro están huecos. Ragau los llama “El chico del Súper” que es un cajero del supermercado, “El segurata” un empleado de vigilancia... José los castiga, descarga su rencor sobre ellos, tal vez porque vea en esos perdedores un reflejo de lo que es o de lo que la sociedad lo llevará a ser. Mientras tanto su casa es invadida por las moscas y los mosquitos, mientras la basura se acumula día tras día. Un pequeño bicho bolita le advierte sobre la invasión que se gesta en el subsuelo de su edificio, unos insectos mutantes que capturan humanos para devorarlos, los moscovitas, que nada tienen que ver con Moscú. También hay una chica, Andrea, que es fea, boba e insulsa; una parodia más del género.

Como dijimos más arriba, la metamorfosis insectoide está latente en toda la historia, el canibalismo social, la lucha a muerte contra las imposiciones y el estado de semiesclavitud al que nos somete el sistema. José es el hombre que se opone a todo eso, lo hace desde lo más bajo, contando una historia en registro pulp, con una prosa indefinible. El Ataque de los Moscovitas es libro original, novedoso y, sobre todo, audaz que capturaré la atención, como esas papeletas atrapamoscas, de los amantes del género pulp y de la novelística más under.

*Mariano Buscaglia*

# 1

José Ortega era inquilino de un séptimo piso situado en una de las calles menos transitadas de la ciudad, ya saben, esas escaleras de incendio colgando del techo, viviendas compartidas y angostos pasillos poco iluminados donde hay una extraña pestilencia a ratas merodeando constantemente. Pero José creía que podía soportarlo. Cuando llegó al domicilio y vio aquello, se dijo que había estado en lugares similares, o incluso peores. Recordaba aquella vez que le ofrecieron vivir en una especie de sepulcro. Lo más parecido que podía haber a una tumba viviente acondicionada para un ser humano, era aquello. Pero José siempre necesitaría una ventana, algo para asomarse y ver el exterior, para contemplar a las personas que iban a los bares de alterne. No podía vivir sin la gente, no sabía cómo explicarlo, pero José dependía del caos social, de la avalancha genocida de consumidores y esperpentos cosmopolitas. Se había criado con ello.

La mensualidad de la casera no era mucho dinero, José podía costárselo con su empleo de ayudante de cocina. No tenía mucho que hacer, en ocasiones ayudaba al chef pero con regularidad lo mandaban a freír patatas o a lavar los platos. Era un trabajo de mierda, uno de esos empleos para salir del paso, pagarse el alquiler y, si tenía suerte, alguna prostituta de la calle. A primera vista, la vida de José distaba mucho de ser una vida plagada de emociones. Simplemente no le extraía el jugo a la vida. El mundo se estaba cayendo a trozos y José, por mucho que quisiera, no podía revertir los acontecimientos que lo situaban entre la espada y la pared, como las múltiples peleas callejeras que siempre acababa teniendo, a veces durante la noche, o entre la aloca masa de la ciudad, en pleno día.

José gustaba de pelearse con policías que estaban fuera de servicio, o con los vigilantes de empresas privadas de seguridad. Una noche, cuando quiso entrar en el centro comercial con un aspecto desgarbado, un inepto y miserable segurata de mierda se le acercó por la espalda y le tocó un poco el hombro, suficiente para que José le encajara un codazo en la barriga y dejara al mal parido idiota vestido de uniforme encorvado y tosiendo con un profundo dolor en el vientre. Sí... José había decidido que hablaría con los puños, que dejaría a un lado las palabras que para él apenas significaban algo, y menos para poder hacerle comprender a otro humano su perspectiva del respeto mutuo. Un día, con mucho placer, logró apuñalar a un trapero vigilante de seguridad por la espalda, a traición, cuando menos él lo esperaba, sin que nadie pudiera darse cuenta de semejante fechoría, que José alardeaba siempre que podía junto a las mujeres más bellas en la cama de su apartamento.

—Si vieras la cara el idiota que puso cuando sintió el cuchillo entrando por su carne, te echarías a reír, yo también lo hice —solía contarle a cualquier chica que estuviera dispuesta a entregarle su amor, y no eran pocas.

En realidad, podríamos fechar su primer encuentro desafortunado con un policía cuando José era muy pequeño, cuando apenas contaba con diez o doce años. Fue por culpa de haberse perdido en el parque por el simple deseo de corretear detrás de una pelota. La pelota acabó chocando con los misteriosos pies de un sucio sabueso de la ley, con esos zapatos lustrados de color negro que disimulan la sangre de la noche anterior, cuando le machacaron la nariz a un indigente de la calle. Cuando la pelota estuvo a su alcance, aquel policía urbano la agarró rápidamente antes de que pudiera alcanzarla el chico.

—¿Así que esta es tu pelota, verdad chico, quieres jugar con ella? —le preguntó el misterioso hombre, pues José

consideraba a aquel personaje una especie de payaso de circo.

—Sí, señor, es mi pelota, démela, démela ya —le insistía el inocente niño.

—Eh, eh, tranquilízate, pibe, ¿dónde están tus papás? No puedo darte esto sin antes comprobar que es tuyo. A lo mejor lo robaste y venís huyendo de sus dueños, y si es así, acabo de atrapar a un pequeño ladrón, que bien podés acabar en la cárcel, en el calabozo, por robar esta pelota, ¿sabías eso?

José contaba por aquel entonces con suficiente edad para asustarse por las tonterías y mentiras precisas que le relataban sus mayores. Era presa fácil, cualquiera podía contarle una historia fabulosa y se la habría creído. Entonces comenzó a temblar, entrando en un ataque de pánico. Ese hombre era alto, vestía un traje negro y llevaba extraños artilugios que le colgaban de la cintura y, lo que era peor, sostenía implacable su pelota de cuero entre los brazos, y eso significaba para él una auténtica violación a sus derechos, y se sintió vejado, allí, en la calle de su propio barrio por un agente policial, un pobre cornudo al que su mujer lo engañaba todas las noches de la semana.

Lo primero que hizo fue buscar a sus padres de un vistazo, pero no los encontró, entonces sintió un golpe muy fuerte en la cabeza. Era la pelota que le había caído encima, lanzada con precisión por el lameculos del uniformado, un golpe demasiado fuerte para la mollera de un indefenso niño. Así es, José recordaría aquel incidente para el resto de sus días. Se juró que no tendría compasión antes de darle una buena trompada a cualquier agente de la ley o vigilante privado que se topara en su camino. Por eso, aquella noche llegó a su casa bastante cansado luego de tantas horas en el restaurante, agotado por la pelea que había tenido con un vigilante de una empresa privada, y abrió la puerta de su apartamento con unas marcadas ojeras que le pesaban como un cadáver.

Cabello negro, utilizaba con regularidad unos anteojos de pasta dura, pero no de lentes lo suficientemente graduadas. Luego de cerrar la puerta de un portazo, se descalzó los zapatos en el mismo recibidor, acomodándose en unas suaves pantuflas de algodón. Necesitaba la comodidad, eso ante todo. De hecho, ya de por sí su apartamento era un caos, un lugar intrincado lleno de cajas de cartón, libros desperdigados y bolsas de basura acumuladas durante meses. José solía pagarle un poco de dinero a una mujer con tal de que le vaciara el hogar de tanto polvo. Pero estos eran días de mala suerte, o al menos eso creía, ya que la chica se había ausentado las últimas ocasiones atribuyendo su ausencia a problemas domésticos, como acabó llamándolos.

Aquella noche volvería a repetir el ritual que realizaba siempre que llegaba luego de una jornada de trabajo: ver la televisión, comer una pizza congelada y beber alguna cerveza que quedaba fría en la heladera. Su vida era algo así, algo sencillo, sin preocupaciones de ningún tipo, nada comparable a la mayoría de los compañeros del instituto. Casi todos ellos estaban ya casados, paseando a sus retoños por el parque, empujando los carritos, charlando sobre los costos del año siguiente, la alimentación de sus niños y la clase de ropa que le comprarán para navidad. José ya tenía suficiente con meterse en peleas callejeras todos los días, relacionarse con furcias venidas del infierno y recibir golpes por no hacer nada. Directamente, la vida le había enseñado siempre el lado oscuro, antes que su esplendor. Primero, aprendió todo cuanto lo conducía a la destrucción, y para cuando pudo conocer las otras leyes ya era demasiado tarde para echarse atrás en el proceso educacional. Ya era demasiado tarde.

La luz diáfana de la lamparita de la mesa ilumina el espacio del salón. En medio, sentado en un sofá con los resortes sacados por cada costado, José se despatarra sosteniendo el control remoto en una mano, en la otra una lata

de cerveza y en su entrepierna una caja de cartón con la pizza echando un humillo precalentado. Aquel cuadro podría resumir los últimos cinco años de la alucinante vidorra que se había pegado José, ni más ni menos que unas largas vacaciones en el mundo eterno.

Cuando el teléfono comenzó a sonar, José creyó que era el del vecino, pero se equivocaba porque el chisme estaba debajo de una montaña de calcetines que vibraban de tanto que sonaba el aparato. Al levantarse para responder, se le vuelca la pizza al suelo (del lado de la muzzarella) y la lata vierte el líquido al rodar por toda la alfombra, dejando una nueva mancha imborrable a desperdicio y dejadez. El caso es que, antes de que corten del otro lado, logra llegar a atenderlo. Y mirá que sorpresa, otra llamada de Andrea, la última conquista amorosa que se había echado José en las últimas semanas. Toda una conquista, no cabía duda de ello.

—Ah, vos otra vez, ¿qué querés? —le pregunta José.

—Hola, ¿estás ocupado? Quería hablar con vos, un rato nada más.

—¿Y se puede saber de qué querés hablar?

—Bueno, no sé, de lo que vos quieras hablar —dice ella.

—Pero, ¿no se supone que sos vos la que tiene algo que decirme, ya que me estás llamando? Yo soy el que está atendéndote. ¿Qué te pasa Andrea? Me dijiste que nunca te drogabas, pero no conozco tipa más chiflada que vos. ¿Se puede saber por qué me llamás?

—No sé, ¿estás ocupado o no?

—Me estaba zampando una pizza con peperoni, pero justo llamaste vos y, bueno, ahora está en el suelo.

—¡Qué asco! —exclama espantada.

—Bueno, che, es la vida de soltero, qué querés que haga.

—Sí, pero ya podrías acondicionar el apartamento para cuando tengas visitas, o se empezarán a quejar los vecinos.

—¿Qué visitas?

—Yo, por ejemplo —le responde ella.

—Andrea, ya habíamos quedado que no vendrías más por acá, que no volveríamos a vernos y que no vamos a tener ninguna historia. Además, este barrio es peligroso, me estoy agarrando a piñas todos los días, ¿no te lo dije?

—Sí, pero yo te quiero ver, hace ya semanas que no nos vemos.

—Llego agotado del trabajo, Andrea, a ver si te entra esto en la cabeza, y cuando estoy en el apartamento me quedo rendido en el sofá y no puedo reaccionar. No sé si es la edad o la falta de motivación. Ya ocurrirá algo que me haga saltar del sillón de un brinco, algo ocurrirá.

—Sí, un milagro o algo semejante. Mirá, José, si esto sigue así no te aseguro que esto funcione de este modo.

—Andrea, yo ahora, sin mis cervezas, apenas me entiendo, y eso no quiere decir que seas la tipa más chiflada del mundo, ni nada de eso, solo que...

Ya del otro lado no se escuchaba la respiración de nadie, la piba lo había dejado colgado y José no se percató que el aparato no emitía ya su comunicación, cosa que, como era de esperar, conseguía sacarlo de sus casillas. Lanzó el teléfono hasta el otro extremo del salón, dejándolo torcido y con el auricular para afuera, por lo que pronto comenzó a sonar el incordiante ruido de la señal de línea, algo que lograba enervarlo mucho más aún, conque de un salto agarró la caja de cartón, la pizza, las aceitunas, todo junto, y las lanzó hacia la cocina. Una silla de madera no tuvo miramientos en hacerla añicos con varios puñetazos, ya que estaba a punto de rompersele una de sus patas. No tenía más alternativas que hacer aquello para desahogarse. Ya no podía guardar más rencor en su interior.

## 2

*“...me llamo José Ortega, tengo 36 años y me dedico a la venta de productos electrodomésticos, o eso hacía hasta que tuvieron que echarme por falta de ingresos en las arcas. Ahora, soy ayudante de cocinero, pero estoy intentando encontrar algún puesto en otra clase de empleo, al menos que pueda estar alejado de mentecatos y malandrines que con una corbata y el pelo engominado pueden reírse de vos sin que puedas darles una buena paliza...”*

José había empezado a redactar lo que sería su futuro currículum, pero cada vez que intentaba contar algo de lo que era su vida, caía irreversiblemente en los hechos verídicos que, por supuesto, deben ser eliminados de todo currículum. No se acordaba de dónde lo había oído, pero al parecer fue un colega quien le enseñó a escribir un currículum. José simplemente observaba y le preguntaba cuánto de cierto era todo lo que estaba ahí escrito, y su colega le respondía con descaro que «absolutamente todo es una falacia, un engaño y una verdad a medias para persuadir al jefe que yo soy el mejor capacitado para el puesto. Nunca pongas palabra alguna que pertenezca a la verdad, ni siquiera a la razón, de tu vida, en un currículum. El currículum es la antítesis de tu verdad». Aunque de poco le habían servido estas palabras a la hora de ponerse manos a la obra, como el de perfilar una buena historia y argumentos idóneos que lograran crear un perfil adecuado para cualquier puesto vacante.

La mañana había llegado nuevamente para aquel día. Algunas palomas carroñeras tenían sus nidos colocados en la cornisa de la buhardilla. Cierto, aquel era el séptimo piso, y por ende su apartamento era el de más arriba, y llamábase a eso buhardilla o trastero de muebles viejos. José se fijó en el reloj despertador, que como otra mañana

más le había fallado la alarma. Tampoco era de extrañar ese tufillo, ese aroma a todo patas arriba, como la pizza tirada, el teléfono y la silla hecha astillas que sumaban un nuevo puntaje a la liga internacional del puerco más grande del planeta. Vaya, los ánimos del espectador número uno de la vida de José, es decir, él mismo, no estaban por las nubes, por así decirlo. Todo lo contrario, su apartamento era la viva imagen de la personalidad caótica que venía acumulando durante los últimos años. Es decir, un salario rastroso, apenas dinero para comprarse un calzado decente (solía usar unas zapatillas zaparrastrosas que nunca lavaba), y siempre engullía comida congelada que le estaba costando los nervios. No, si aquello era vida, que bajara Dios y lo viera, porque José era bastante apto para poder levantar toda esa montaña de basura que iba acumulándose en la buhardilla. Días pasados, la historia de José podría bien contarse de otro modo, pero para los tiempos a los que nos referimos debemos ser fieles a los hechos y no olvidarnos de lo más primordial, José era alcohólico, y a veces olvidaba que eso lo había llevado a la situación en que se hallaba. Andrea lo sospechaba, pero todavía no lo conocía lo suficiente para echárselo en cara. Solamente era la clase de tipo que prefería una lata bien fría de cerveza antes que el amor de una mujer. No me pregunten por qué, pero así era José.

Les contaré la verdadera historia de este relato, que poco tiene que ver con las andanzas alcoholizadas de la vida de un tipo con los días contados, un techo decente siquiera o un mísero suelo digno donde caerse muerto. Bien, no es que fuera aficionado al juego, al menos eso faltaría, pero su descuido le cobraría factura sin que él pudiera imaginarse las enormes consecuencias que ello acabaría por remendar en su vida.

Como bien se ha contado, aquel restaurante de empleados de salarios medios y, en general, un restaurante de clase media baja, era el lugar donde hincaba el codo José

para ganarse unos mangos. Apenas le llegaba para la comida, como bien dijimos. De hecho, cuando comía en el restaurante sabía que estaba masticando las sobras y pocas veces era el que ganaba un plato recién horneado. Había que apretarse el cinturón, y con tipejos como José no iban a ser misericordiosos. Aquella tarde llegó de nuevo al empleo con ese rostro algo malhumorado, como si viniera de una nueva golpiza.

—¿A quién le tocó hoy la lotería? —preguntaban chistosos sus compañeros.

—A un pobre guarda de seguridad que me miró algo feo, me bajé de la bicicleta y le di una somanta de palos, como suelo hacer, ya me conocen.

—Sí, a esos pelotudos no se merecen más que les meemos encima.

—Y que lo digas —solía decir siempre José, para justificar su comportamiento desaliñado.

En esas que el capataz se le aparece por detrás y le da una colleja en la nuca.

—Mierda, quién...

—José, despabilate, te espero en el despacho, vení ahora —le dice su capataz.

Aquel tipejo era el dueño del restaurante, el primer cocinero de todos, si vamos a ser justos con los hechos. Se llamaba Eduardo, y le había dado el puesto vacante a José más por pena que por las aptitudes que se requerían para un ayudante de cocinero. Simplemente le vio la jeta de vagabundo necesitado de una botella y se acordó de cuando él era joven y también era un borracho. Bueno, todos lo fuimos alguna vez. José entró por delante del caballero con corbata y el traje recién planchado.

—Tomá asiento, pibe... —le dijo el hombre.

—Claro, claro, ¿algo más, quiere que le lustre los zapatos?

—Dejando las bromitas a un lado, chico...

—O si quiere voy a comprarle la cena, como bien prefiera.

—Maldición, José, sentate ahí que tengo que hablar con vos.

—Cómo no, cómo no, a mandar.

En el escritorio del dueño había marcos con las fotos de sus hijos, ya mayores algunos, y la de su mujer. José siempre evitaba mirar aquella fotografía, la de la mujer del jefe. Es que parecía un callo explotado de la planta de los pies.

—Bien, José, ayer llegaste media hora tarde, y es algo que se viene repitiendo durante las dos últimas semanas. Si querés decirme algo, ahora es el momento.

José se mantuvo callado, no tenía ganas de hablar ni de hacer comentario alguno, lo único que quería era ponerse a hacer su trabajo, aunque no fuera más que recoger las cebollas del suelo y demás cosas así.

—Bueno, José, es evidente que a vos todo te parece genial, ¿no? Mientras yo tengo que ver cómo le pago el sueldo a un tipo que no hace bien su trabajo.

—Eh, cuidado con lo que va a decir, que acá yo me rompo el culo laburando y hago lo que puedo con la miserable paga que gano a cuenta gotas. No se queje si el subte llega tarde o el colectivo se mete en un embotellamiento. Además, siempre cocinamos lo mismo, milanesas con papas fritas para esos tipejos que...

—Vaya, vaya, ¿tenés algún problema con pelar y freír patatas, muchacho, o preferís hurgar dentro de una cueva en busca de granito?

—Usted siempre con la misma excusa, con esas puede mandarme a comer la mierda del baño solo porque medio mundo está en guerra...

Los dos se echaron a reír como dos memos sin cerebro, y eso era por una buena razón: el capataz era cocainómano. Sí, eso mismo, le daba a la pala, a la falopa, a la merca. José no quería saber nada de todo aquello, pero esa misma tarde el Jefe hizo algo inapropiado para un ger-